

15^o domingo tiempo ordinario Año C – pequeño comentario a las lecturas
Dr. Emilio G. Chávez

Dt 30:10-14

El Libro del Deuteronomio (“Segunda Torá o Ley”) es importantísimo para el Nuevo Testamento, pues está precisamente en la línea de la tradición judía que hacía hincapié en una nueva “alianza.” La palabra hebrea es *b^erith*, la griega *diathēkē*, y Jerónimo en latín escogió *testamentum*, por lo que en nuestros idiomas modernos se usa “testamento” en vez de “alianza.” No es el momento de entrar en más detalles aquí. Sólo nos basta decir que esta palabra hebrea puede significar “promesa” (como en la “alianza eterna” después del diluvio, Gn 9:8-17, o la “alianza eterna” con Abrahán en Gn 17, tan querida por Pablo, ver Ga 3:15-18, remontándose a Gn 12); o puede significar “pacto,” no una promesa sin condiciones, sino un acuerdo que hay que cumplir o sufrir las consecuencias. La línea de la “promesa” es la de la escuela “sacerdotal;” la línea del “pacto” es la de la escuela deuteronomica. Según ésta, el pacto (que no era eterno) se rompió (ya desde el Sinaí, Ex 32), y tendría que hacerse uno nuevo. El gran profeta de la escuela deuteronomica fue Jeremías, el único que usa la expresión “nueva alianza,” Jr 31:31-34. No sería una Torá escrita sobre tablas de piedra, sino escrita en el corazón, es decir, una obra (incluso, “operación quirúrgica”) de Dios que cambiaría al ser humano desde dentro. Esta escuela habla de “circuncisión del corazón,” Dt 30:6; cf. Jr 4:4; la escuela sacerdotal, cuyo gran profeta es Ezequiel, hablará de un trasplante de corazón, Ez 36:26.

La última parte del Libro del Deuteronomio también habla, aunque no explícitamente, de la “nueva alianza.” Yahveh hará una alianza distinta con su pueblo, no como la alianza que hizo en el Sinaí (que la escuela deuteronomica llama “Horeb”). Esta es la alianza de Dt 28:69. Conlleva el que Yahveh le dé a su pueblo ojos para ver, oídos para oír y corazón para entender, Dt 29:3; viene siendo la circuncisión de corazón que Yahveh mismo otorgará, Dt 30:6, lo que posibilita cumplir el gran mandamiento, el del *Sh^ema*, Dt 6:5, amar a Dios con todo el corazón. [Pablo y su escuela hablan de esta circuncisión, Rm 2:25-29; Flp 3:2-3; Col 2:11; quizá el pasaje donde se dio por primera vez está en Hch 2:37-39.]

En nuestra primera lectura se habla también de esta Palabra creadora de Dios que habitará en nuestro corazón, que será una Torá (entiéndase, “revelación divina”) escrita en nuestro corazón,

según Jeremías, muy cerca de nosotros, como la Palabra hecha carne que pone su tienda entre nosotros.

Lc 10:25-37

En este conocido episodio lucano Jesús evoca dos grandes mandamientos del judaísmo, uno de la escuela deuteronomica que ya vimos, el de amar a Dios con todo el corazón, y otro de la escuela sacerdotal, el de amar al prójimo y al extranjero residente, Lv 19:18b, 33-34. Pero lo novedoso, en la línea del amor a los enemigos, único en Jesús, es exigir la dinámica de no contentarse con amar al “próximo,” al que está cerca de nosotros, sino ir al otro, incluso al enemigo, y *hacer de él un próximo a quien amar*. Interesante que las dos escuelas veterotestamentarias están representadas y reprochadas en esta famosa parábola, la del sacerdote (en tiempos de Jesús, los Saduceos) y la deuteronomica (levítica), los fariseos en tiempos de Jesús. La relación recta con Dios, es decir, la “justificación,” viene de amar como Dios Padre, incluso al injusto, al hereje perseguidor “samaritano.”